

CLARA PASTOR

ERIETTA

BARCELONA 2026



ACANTILADO

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2026 by Clara Pastor Olives  
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 979-13-87964-21-4  
DEPÓSITO LEGAL: B. 7030-2026

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Simón.*



I



Las islas, cuando acaba el verano, son lugares extraños. Las luces de los puertos y las que iluminan las casas de veraneo dejan de ser una constelación festiva que salpica el aire cálido por la noche; se repliegan en núcleos cercados por la oscuridad, y lo que el estío emborrona y decora vuelve a sus formas originales. La vida se adelgaza con cada casa que se cierra para el invierno. Los que se van regresan a aquello que dejaron en tierra firme y de lo que tal vez buscaban evadirse en las islas de otros. Los que se quedan se sumen en el silencio de las noches largas, rodeados por las extensiones marinas que los separan de lo que sucede fuera del único lugar que conocen o que en algún momento eligieron.

También las personas podemos dejar que las luces y el ruido nos distraigan durante un tiempo de lo que somos. Pero nuestra verdadera naturaleza acaba asomando, aunque sea por una rendija frente a la que no sería difícil pasar de largo.

Para mí, ese instante sucedió en un jardín, un jardín que había amado, aun sabiendo que nunca me pertenecería. En la quietud y el frío de una tarde de finales del invierno, vi un pájaro posado en la rama más alta de un avellano. Empecé a acercarme despacio, movida por la curiosidad de saber de qué especie era; con cada paso hacía crujir la grava y temía que alzara el vuelo antes de alcanzar a verlo de cerca. Estaba vuelto hacia el sur, como si oteara el punto del horizonte por el que debían llegar los demás. También yo miré en esa dirección; no fue más que un segundo, pero cuando volví a buscar la rama, el pájaro había desaparecido.

Vi alargarse las sombras hasta que el sol se hubo escondido detrás de la hilera de colinas que bordeaban el llano a poniente. Y aún volví a recorrer la avenida de los tilos, y dibujé una última cuadrícula alrededor de los árboles frutales. Al final estaban los dos cerezos que nos habían regalado cuando nos casamos.

Podía quedarme; si hubiera sido en los inicios del verano, tal vez lo habría hecho. La dulzura de la estación, la promesa de unas semanas lejos de todo tal vez me habrían detenido, igual que otros años. Pero la atención de ese pájaro antes de que la noche empezara a caer como una nieve fue una especie de señal, el indicio definitivo de que debía marcharme.

No obstante, volví a la isla a la que habíamos ido todos los veranos.

La isla tenía forma de reloj de arena. En una de sus dos partes anchas estaba el puerto, una herradura casi perfecta protegida de todos los vientos. En el otro extremo, abierta al sur, había otra población poco visitada. Esa geografía que a vista de pájaro era clara, en tierra se volvía un enjambre de caminos y senderos de trazo indescifrable. Tanto podían desembocar en un campo de olivos rodeado de mar como en el patio de una casa en el que las gallinas picoteaban entre cerdos impávidos y bien alimentados. En ambos casos había que dar media vuelta y deshacer el camino.

Recordaba esa aparente desconexión entre sus parajes con la frustración del caminante que desea llegar a alguna parte y regresar, variando la ruta, al lugar de partida. Pero había conservado algunas visiones, fragmentos de aquellos paseos, como algo que, revisitado, me permitiría recomponer partes de mí misma que en los últimos años había extraviado.

Recordaba un sendero cubierto por el arco grisáceo que formaban las viejas encinas; andaba deprisa, siguiendo el vuelo irregular de dos abubillas hacia la salida del túnel ve-

getal que filtraba el sol de tarde. Me había vuelto una o dos veces, segura de que alguien me seguía; el hombre con el que me había cruzado en mis paseos y al que tomaba por pastor, aunque nunca lo había visto con un rebaño.

Estaban el camino del cementerio y la luz cegadora al salir de la capilla de bóveda estrellada un mediodía, y el extranjero con el que había hablado brevemente en la tienda del puerto una mañana que entré a comprar postales. Tenía el pelo blanco, pero su rostro era aún joven, y al acercarnos a la caja a la vez había insistido en que pasara yo primero.

«No se preocupe, a mí no me espera nadie», dijo.

Me demoré junto a la caja mientras pagaba, y una vez fuera fui yo la que alargó el encuentro con preguntas de cortesía. Escribía artículos de viaje para varias revistas y había ido a la isla para cumplir un encargo.

«Aunque espero encontrar tiempo para escribir algo mío algún día», agregó como si se disculpaba. Ese día llevaba varias guías de las islas bajo el brazo y una edición barata ilustrada de los mitos griegos.

Que hiciera sus compras a la hora en que todos estaban en la playa o resguardados del calor en sus casas; la camisa y los pantalones cortos, lavados muchas veces y sin planchar; la invitación a tomar un café allí mismo, en la taberna que había frente a la tienda; los signos visibles de su soledad, todo junto me conmovió, aunque no lo bastante para demorarme y que no me importara que los planes del día se truncaran por mi culpa.

Nunca le hablé a Claudio de esos encuentros, tampoco del silencio de los senderos por los que me perdía. De haberlo hecho, él habría adivinado una atracción, un anhelo de saber más acerca de aquellas personas, solas, en lugares remotos. Había protegido esas imágenes de otros ojos que no fueran los míos. «Lo que no cuentas es sólo tuyo»;

había oído esas palabras en boca de alguno de los adultos con los que crecí, y como sucede con las cosas que oímos de niños, se me quedaron grabadas como una guía legítima de supervivencia.

Volver a la isla era mi forma de ponerme a prueba, de hacer honor a lo que me habían enseñado: que uno no logra huir nunca de nada, y menos de uno mismo. Deseaba volver a los lugares en los que me había sentido feliz sin que esa felicidad me doliera, y comprobar que, en efecto, lo que me rodeaba entonces no era más que un decorado. Quería, sobre todo, reencontrarme con aquellas cosas que no había compartido con nadie para entender por qué había sentido la necesidad de preservarlas como algo propio, inviolable.

Eso fue lo que me dije para darle una razón a mi viaje, pero en el transcurso de ese verano descubrí que la voluntad encubre razones que no nos confesamos. Regresé sola, pero lo hice a la casa de la playa frente a la que solíamos fondear. «La casa del jardín», así la llamábamos con Claudio.

—Es un jardín inglés—dije la primera vez que nos asomamos desde el borde de la playa—. Las plantas son mediterráneas, pero el modo de mezclarlas, como si fueran ramilletes de flores variadas, y que sea el sendero el que se adapta a su disposición caprichosa, es el de los *cottages* que vimos en ese viaje al sur de Inglaterra. Ni una línea recta, lo contrario que en Loira, te acuerdas, qué frío hacía.

A Claudio no le interesaban mis explicaciones sobre paisajismo, ni mis cábalas sobre quién había hecho construir una casa así en un lugar tan improbable.

—Un griego no, ninguno tiene este gusto. Es de un extranjero que la alquila.

—No creo. Es demasiado bonita.

Si ese jardín fuera mío no querría que lo pisaran unos extraños; si fuera mi casa odiaría que otros la invadieran

con sus trastos, que usaran mis copas de vino y la ropa de cama. Aunque era cierto que, tras cruzar el plumaje de las gramíneas que hacían de frontera entre el jardín y la playa, el porche tenía cierto aire de hotel. Media docena de tumbonas con almohadones azules en las que no parecía haberse echado nunca nadie flanqueaba el paso hasta la casa.

—Entremos y preguntemos—dijo, abriendo la cancela.

Claudio llevaba la cámara colgada al hombro, «para sacar ideas», solía decir.

—Podemos volver mañana, no parece que haya nadie.

La casa se veía vacía y las lamparitas del jardín estaban apagadas, pero la idea de que nos sorprendieran me avergonzaba de esa forma que tanto le irritaba.

—Ya estás otra vez con tus reticencias, siempre a medias.

—Me reprochó mi desinterés por la vida de otros, la falta de curiosidad por saber cómo vivían, y dijo que en eso era igual que mis padres—. ¿No vienes?—Claudio sujetaba la puerta para que le siguiera.

Mis padres eran personas de pocas palabras; mi padre, porque aquello que comunicaban sus actos podía remitirse a lo que había aprendido de los suyos; mi madre, porque sus elecciones la habían llevado a desconfiar de lo que despachaba como «teorías». Me casé tarde, bien entrada la treintena, y eso nos salvó de dar y recibir consejos que habrían sido incómodos para todos. «No lo aguantarás», se limitó a decir mi madre después de las presentaciones oficiales. Para Claudio no era la primera boda; sin embargo, ella vio claramente que sería yo la que se iría.

En la agitación de los días que precedieron a la ceremonia, mi padre encontró el momento de decirme: «Cuando te sientas feliz, recuerda que esa felicidad ya estaba. No se la debes a nadie». Sus palabras me parecieron enigmáticas. No entendí entonces dónde nos colocaban a mi hermano

y a mí, y a mi madre; pero en la fuerza con que me abrazó al decirlas había una continuidad, un lazo con algo que ninguno de los dos había construido, pero a lo que pertenecíamos.

«Lo más valioso nos es dado» era una frase que pronunciaba a menudo mientras mi hermano y yo crecíamos. A mi madre la entristecía. Si estaba presente, bajaba la vista con expresión desabrida, o se levantaba como si hubiera olvidado algo. Ella tampoco se había casado joven, pero sí «demasiado pronto». Uno y otro intentaron avisarme de dónde me metía.

Claudio había desaparecido en la parte trasera de la casa. Yo me quedé donde estaba, mirando hacia la playa, donde las ramas de los tamarindos se movían con la brisa del atardecer, desprendiendo el olor seco a conífera que nos daba la bienvenida cuando atracábamos en esa bahía.

No creo que se deba entrar en una casa sin ser invitado. Lo dije para mí; Claudio ya no me oía.

Cuando abrí la puerta de la casa del jardín, aún oía nuestras voces, pero con los días se fueron haciendo más tenues. Resonaban como si fueran las voces de otros, discutiendo por cosas que se les habían olvidado.

2

Llegué una mañana de junio muy temprano, en el primer ferri que conectaba la isla con el continente. En el barco iba otra docena de turistas, sofocados y eufóricos, y las provisiones que abastecían la única tienda de ultramarinos del puerto. La tienda de Olympia era el sitio en el que inevitablemente recalaban los recién llegados para llenar sus despensas o para pedir indicaciones sobre los sitios de interés.

Las guías destacaban un pequeño pero estiloso puerto con una primera línea de mar de casas coloreadas «a la italiana», una larga playa de arena blanca con los restos de un naufragio y una ermita ortodoxa habitada por un único monje.

Sentí una timidez repentina frente a la mujer joven de melena anaranjada a la que había visto muchas veces pero con la que nunca había hablado. La reconocí entre las fotografías que había colgadas detrás del mostrador, vestida con la toga negra y el gorro plano de las graduaciones, y en la más grande, la orla desde la que un centenar de rostros jóvenes se asomaban al mundo. «Universidad de Indiana», rezaba el encabezado. Pulsaba las teclas de la caja registradora con una agilidad prodigiosa, y sus ojos oscuros se movían rápidos entre los clientes que entraban y el grandullón que merodeaba pesadamente por las hileras de comestibles.

«¿Viene a por las llaves?—me preguntó sin levantar la vista—. Yannis, la llave de la señora. Ya haremos cuentas cuando vuelva para hacer la compra; ahora instálese tranquila».

Agradecí que, pese a haber deducido lo ineludible, sus imperativos me convirtieran desde ese momento en propietaria de la casa del jardín. Aunque regresara sola y en el ferri de línea, para Olympia seguía mereciendo el trato de «señora».

La casa era más pequeña de lo que había imaginado. Detrás de las tres puertas francesas que se abrían al patio, había sólo tres estancias: la cocina, la sala de estar y un dormitorio. La decoración era sobria, incluso espartana. Dos sillones cómodos con fundas blancas y un banco de obra en la sala; una cama, una silla y un pequeño escritorio en el dormitorio, y en la cocina, los utensilios básicos para preparar

una comida sencilla, sillas de mimbre y una mesa de carnicero como la que había en la casa de mis abuelos.

Es raro que los espacios reales se ajusten a los que hemos imaginado, pero fue lo que experimenté al entrar en la casa del jardín. No habría podido soñarla más exacta, ni había contado con que en ella reaparecieran también las presencias de mi infancia. La encimera de mármol gastado, con las manchas y asperezas que dejan los limones por un descuido de la cocinera; las grietas en la superficie de la mesa, ennegrecidas por el tiempo y el uso; así era la cocina de mi abuela, una mujer moderna que desconfiaba de todo lo nuevo.

Después de colocar mis libros en las estanterías de la sala, separándolos de las novelas y guías que habían dejado otros inquilinos, y de ordenar mi ropa en el armario, salí al patio. Era pasado el mediodía, la hora de más calor. Las cigarras llenaban los pinos que se encaramaban por la ladera en la parte trasera, y corrillos de abejorros zumbaban alrededor de los pomos de salvia y romero en flor.

Solíamos llamarla «la casa del jardín», pero de noche se transformaba en caracola; una caracola que retenía la luz del sol rato después de que desapareciera. Rodeada de oscuridad, la luz provenía de dentro, de las lámparas que alumbraban los rincones de la sala, la mesa de la cocina y, en el dormitorio, la esquina situada entre la ventana y la cama. Cuando íbamos a la isla en barco, al acercarse el crepúsculo experimentaba una vaga aversión, el encogimiento que sienten los niños cuando llega la hora de dormir en una casa ajena y cierran los ojos con fuerza para que el tránsito entre la noche y el día pase deprisa.

En cambio, en la casa del jardín demoraba el momento de irme a la cama. Después de cenar en el patio, iba de una estancia a otra sin propósito aparente, sin incidir en la disposición de los pocos objetos que no había elegido ni colo-

cado yo, como si transitara por un medio acuoso levantando las mínimas olas posibles, constatando que podía habitar un espacio en el que casi nada era mío.

Durante la primera noche un velero fondeó frente a la playa. Cuando amanecí, sus ocupantes aún dormían, y en las otras dos casas, la del embarcadero y la que descansaba al pie de la colina del lado opuesto, tampoco había señales de vida.

Nada se movía bajo la luz aún pálida, sólo una figura abría un camino nítido desde la orilla hasta el centro de la bahía con brazadas lentas y regulares. Era una mujer, por la delgadez de los brazos y el cuello que sostenía la cabeza lisa y menuda que emergió a la superficie al detenerse a pocos metros de la proa. Se mantuvo quieta unos segundos, mirando hacia la sierra donde despuntaban los primeros rayos de sol. Luego regresó, deslizándose sin apenas alterar la tersura del agua.

Era una mujer de cierta edad; los pies se movían sobre los guijarros de la cala con cuidado, pero los movimientos del torso, enfundado en un bañador negro, y de los brazos al recogerse el pelo eran seguros y dúctiles como los de una persona más joven. Se agachó para coger la toalla que había dejado en la orilla, y se secó la nuca y la cara antes de envolverse con el albornoz blanco que había sobre la baranda de piedra de la escalera por la que se ascendía a la casa.

«¿Subes ya?—preguntaba una voz oculta por el empujamiento del patio—. El té está listo».

La cabeza de una niña asomó por encima del muro. Cargaba con un gato que entre sus brazos de alambre parecía inmenso. La mujer le pasó la mano por el lomo, desde las orejas hasta el nacimiento de la cola; dijo algo que no al-

cancé a oír, y luego las dos desaparecieron bajo la pérgola que cubría la mesa donde la niña debía de haber puesto la mesa para el desayuno.

Era la casa de dos plantas con postigos azul pálido en la que alguna vez me había fijado desde el mar y al pasar frente a ella cuando tomaba el sendero que conducía a la playa de guijarros. Sin llegar a distinguir las palabras, flotaba hasta mí la voz de la niña, como un tintineo de cristales en el aire transparente. La mujer contestaba con voz pausada, y me pareció que había una tercera persona, que no hablaba, pero cuyos movimientos se intuían por una sombra que de cuando en cuando interceptaba la luz que se colaba entre las hojas del emparrado. Sentí de pronto el anhelo de formar parte de esa vida que desde el silencio de mi jardín imaginaba alegre, y la premonición de que en esa casa vecina me esperaba algo insospechado que aún no había tomado forma.

En ese momento, una figura se lanzó desde la proa del velero y rompió la superficie del agua. Era yo, hacía apenas un año, sólo que entonces no me habría detenido a observar qué sucedía en la orilla.

### 3

En el puerto había una hora en que el tráfico de los últimos bañistas se juntaba con el primer turno de la cena. Algunas mesas de las tabernas seguían ocupadas por grupos de gente vestida con ropa de playa que tomaban café y refrescos, pero los manteles blancos de papel iban ganando terreno, y el olor al fuego de las parrillas se entremezclaba con el del pescado que se exhibía a los paseantes indecisos. La taberna que estaba frente a la tienda de Olympia era siempre la más concurrida.

Al pasar, vi al viejo de párpados morados que recordaba de otros años sentado a la mesa de la entrada. A esa hora solía estar solo o con el que deduje era su hijo, un hombre de mediana edad al que daba órdenes como si aún fuera un chiquillo. Su mujer, asombrosamente menuda, se reunía con él para la cena; parecía imposible que de ella hubiera salido el metro ochenta de masa que gritaba a los camareeros, reprendía al hombre de las bebidas y se apresuraba a saludar a los clientes a los que su padre le señalaba como importantes con un gesto de la cabeza.

Recordé cuánto nos habíamos divertido Claudio y yo espiándolos una noche. Ella, doblada sobre el plato de mejillones como un ave rapaz, separaba las dos valvas con los dedos huesudos mientras su marido contemplaba con aire perezoso los movimientos de la sala. Con el segundo plato salía de su letargo. Se abalanzaba sobre la inmensa bandeja de pescado con la rapidez de los reptiles, como si lo que contenía tuviera aún que cazarse.

—Pero se cansa pronto, el aire del trópico es muy fatigoso.

Claudio se había reído con mi alusión a los dragones de Komodo.

—Él será el dueño, pero manda ella.

Al pasar por delante recordé las palabras de Claudio; era cierto que sentado allí solo, sin su mujer, parecía más pequeño, más indefenso y hundido en la silla. Captaba todo cuanto sucedía a su alrededor con los ojos entrecerrados, sin mover el torso ni apenas la cabeza, pero de pronto se volvió hacia mí como si se hubiera sentido observado.

Aparté la vista rápidamente, temiendo que pudiera dirigirse a mí de forma desagradable, molesto por la indiscreción con que lo escrutaba. Bordeé el puerto y tomé el ca-

mino que se encaramaba por la costa entre abetos y pinos, cuyo aliento resinoso creaba la ilusión de tener los pies en una tierra de mar caliente y los sentidos en otra más fresca. El camino serpenteaba junto a las pequeñas calas vecinas al puerto, y en una de ellas descansaba una barraca con un porche de cañizo muy cerca del agua.

Unos niños trajinaban con cubos y salabres en las rocas más próximas a la barraca, y, frente a ella, una pequeña embarcación de no más de cuatro metros cabeceaba en el leve oleaje del rompiente. Me acerqué unos pasos más para contemplar la vista desde allí, por donde tantas veces había pasado de largo.

Los niños removían algo en uno de los cubos, y al aproximarme vi que era un pulpo que se retorció en el palmo escaso de agua. Puede que ya estuviera muerto, que fuera el efecto del palo que empujaban dibujando eses entre los tentáculos inertes lo que hacía parecer que aún se enroscaban alrededor del instrumento que alargaba su tortura. Entonces, uno de ellos, el más alto, lo sacó del cubo y, agarrándolo por dos tentáculos, lo zarandeó frente a los otros.

Recuerdo que grité «¡Basta!» mientras se lanzaban el pulpo entre ellos como si ardiera, hasta que uno, cansado del juego, lo dejó caer sobre la roca, y entre risas se dispersaron por las rocas armados con sus salabres en busca de nuevas víctimas.

—Me pregunto si alguna vez habrá salido algo bueno de estas masacres infantiles. —Reconocí enseguida al hombre con el que había hablado en la tienda hacía unos años—. Perdona, no quería hacer broma con eso, veo que le disgusta de veras—añadió, levantándose detrás de la barca.

Le pregunté si era su barco, aprovechando la distancia que nos separaba para disimular la absurda costumbre de conmovirme en los momentos más inoportunos.

—Si se le puede llamar «barco», sí. Se supone que debía enseñarme la costa, pero tiene un motor caprichoso.

—En eso no puedo ayudarle, no sé nada de motores. Aunque debería.

—¿Cómo es eso?, ¿es usted mecánica?

—No me haga reír. Es sólo que después de tantos años navegando...

—Ah, entonces ha estado usted en la marina.

Era cierto que ese hombre, con su pelo blanco y despeinado, me daba ganas de reír, pero sentí de pronto un gran hastío por el acto reflejo de recurrir al pasado reciente; de explicarme y explicarle que siempre había ido a la isla por mar, con mi marido, que ya no era mi marido, y que como él era un navegante experto, yo no me había molestado nunca en aprender nada.

—¿Sabe qué?, olvídalo.

—Bien, como quiera. —La brusquedad de mi tono no le hizo perder el aplomo—. Será mejor que me aplique al motor, entonces, aunque no tengo muchas esperanzas de impresionarla. Tampoco hoy.

Él también me había reconocido, y pese a que debíamos de formar una estampa de lo más cómica, con el agua a media pierna, sujetando la embarcación para que el retroceso de las olas no la fuera arrastrando mar adentro, era como si al reencontrarnos en el mismo sitio hubiéramos burlado el paso del tiempo.

Tiró una, dos, tres veces muy seguidas del cordón de arranque, pero el motor apenas soltó una tos afónica la primera, y nada las otras dos.

—Está completamente ahogado. No sé si dejándolo descansar un rato podrá arrancarlo, pero ahora seguro que no.

—Vaya, es usted una experta. Cualquiera se atreve a llevarle la contraria.

—Deje que le ayude. Agarre por ese lado y a la de tres la subimos del todo a la arena—dije, colocándome a estribor.

Nunca habría imaginado que dirigir una maniobra, por simple que fuera, pudiera darme tanta satisfacción. Recuerdo mi impaciencia con los movimientos de él, más inciertos que los míos, y una añoranza intempestiva de aquellos hombres solventes en todo lo que conllevaba fuerza y habilidad manual o física.

De pie en la orilla, el hombre me observaba con una atención que era casi afectuosa, y empecé a notar el hormigueo de la prisa.

—Bueno, voy a seguir mi camino. No quiero que se me haga de noche.

Hablé yo primero, y me pareció que él iba a decir algo que cambió al adelantarme.

—Bien, la acompaño un rato, si me permite. Hasta la gasolinera que está en lo alto, para avisar al mecánico. Es allí donde me alquilaron la barca.

Subimos por el sendero que regresaba a la carretera y anduvimos el uno junto al otro y en silencio unos metros. Le pregunté si volvía a la isla todos los veranos, si conocía otras y si alguna le había gustado más.

Me disculpé por la cantidad de preguntas al darme cuenta de que podía resultar impertinente, y de que quizá le había hecho las mismas la otra vez.

—En absoluto. Espero no parecerle parco en mis respuestas, no es por reserva o falta de interés. Anda usted muy rápido.

El hombre me seguía el paso, pero al girarme hacia él vi que unas gotas de sudor le resbalaban por la sien y que tenía las mejillas encendidas por encima de la barba. Habíamos llegado a la explanada donde se abría la vista hacia el mar. Al fondo se veían las montañas de tierra firme,

nítido su perfil, pero sin relieve, tocadas por un resplandor rosado.

—Es bonito divisar tierra desde tierra, y uno entiende lo del mar color vino. No lo he visto en ninguna otra parte—dijo él.

Asentí, como si lo más natural fuera evocar la *Odisea*, y en ese momento—con la brisa peinando las ramas de los olivos en un tiempo que era el nuestro, pero también el de otros viajeros anteriores, más intrépidos que nosotros—lo era.

Habíamos llegado al final del llano, quedaba delimitado por una fila de cipreses y una valla metálica que la separaba del mar, aparentemente endeble pero infranqueable, como ya sabía por otros intentos de adentrarme en el campo desde la costa. Alargamos el recorrido, siguiendo el trazado irregular de los cipreses, y al llegar a la valla descubrimos el vertedero que había al otro lado. Cajas de cartón deformadas por la humedad, envases de plástico, botellas con etiquetas descoloridas, electrodomésticos destripados y piezas de coche oxidadas formaban montículos que en el extremo se deslizaban hasta la orilla.

—Todas las islas tienen sus secretos bien guardados—dijo mientras contemplábamos la escena—. Pero eso usted ya lo sabe.

Sentí el impulso de agarrarme de su brazo y darnos juntos la vuelta para no ver más la desazonadora trastienda de la belleza que nos había sobrecogido hacía apenas unos instantes.

—Vamos, también tiene otros. —Retrocedió unos pasos, y ahora era yo quien le seguía.

—¿Como cuáles?

—Una granja de ocas para colmar los caprichos de los turistas más finos. O el vino local con sabor a resina. ¿Lo ha probado?

Lo había probado, muchas veces, cenando en las tabernas de ese puerto y de otros. Y había visto las bolsas grises, negras y azules amontonadas alrededor de los contenedores demasiado pequeños para acomodar la basura que dejaban los que estaban de paso para que otros se deshicieran de ella. Las ocas dispersas por el corral polvoriento en el que desemboqué un día que me había perdido no descansaban; no era el calor lo que las mantenía pegadas al suelo, los pies palmeados abiertos bajo el peso de sus vientres enfermos.

—¿Cree que nosotros también lo estamos?—pregunté, y él supo a qué me refería.

—¿Enfermos? De la vista, tal vez. Miramos, pero no vemos.

Hacia rato que el sol se había escondido, pero sus restos permanecían en las copas de los olivos, en el asfalto caliente y en los cristales de sus gafas, y en la otra margen de la carretera estaba la gasolinera donde el hombre debía dar cuenta de la avería.

—Vendré mañana temprano, desde el pueblo es un momento—dijo cuando pasamos junto a la gasolinera. Los chicos habían desaparecido de la playa. Sólo estaban la barca y la barraca, juntas y solas, varadas en la arena—. En mala hora se me ocurrió hacerme a la mar—añadió al dejarlas atrás—. Aunque desde allí no se ve la basura, y si hubiera sido un navegante más hábil, tal vez no nos habríamos reencontrado.

Pero ninguno de los dos hizo alusión al día que nos habíamos conocido. Volví a preguntarle por su estancia en la isla, si tenía previsto quedarse mucho tiempo y si había ido a descansar o tenía algún trabajo que hacer allí.

—Llevo toda la vida escribiendo para otros, y he pensado tratar de hacer otra cosa. Pero me repito.